

# Pedro Laín Entralgo

## Biografía

Conocí a Pedro Laín Entralgo en el otoño de 1948. Recuerdo que le vi por vez primera en el oscuro y amplio zaguán de la vieja Facultad de Medicina de San Carlos. Su prestancia física, su juventud —contaba entonces cuarenta años—, vinieron a acrecentar en mí el prestigio de esa aureola política e intelectual que desde mis años provincianos de la postguerra, y luego en Madrid, a lo largo de mis estudios de Medicina había ido forjándose de su persona y de su actividad pública. Ahora, contemplado este simple hecho en la distancia, me parece evidente que aquel encuentro se producía en unos momentos en los que las ideas y las creencias de Laín habían entrado en crisis y pronto, entre triunfos académicos y amarguras personales, habían de hacer de él el Pedro Laín que hoy todos conocemos.

Otoño de 1948. Culminación de las etapas biográficas de formación y peregrinaje —acudamos a los términos goethianos— y comienzo de los años de magisterio. En aquel presente, ¿qué era Pedro Laín? Un profesor universitario de Historia de la Medicina —había ganado la cátedra de tal disciplina seis años antes—, Doctor en Medicina y Cirugía —obtenido su doctorado en 1941—, Licenciado en Ciencias Químicas, que intelectualmente comenzaba a granar su formación histórico-médica y antropológica, científicamente había ingresado en la Real Academia Nacional de Medicina —su discurso de ingreso, en 1946, había versado sobre *La antropología en la obra de Fray Luis de Granada* y apareció, ampliado, como libro de igual título meses después—, políticamente seguía perteneciendo al Consejo Nacional del Movimiento, y cuyo «dolor» de España se manifestaba en la serie de ensayos y libros, especialmente dedicados a Menéndez Pelayo y a los noventayochistas, concluida su etapa juvenil de fervorosa adhesión a la doctrina joseantoniana. Todo eso era Pedro Laín entonces; pero era mucho más, ahora lo sé. Como persona, al círculo íntimo de sus amigos, acrisolada tal amistad en los años de la Guerra Civil en Pamplona y Burgos y centrada por la figura noble de Dionisio Ridruejo —Segovia, 1938— se había unido la persona de Xavier Zubiri, al que conoció en Madrid en los meses primeros de la postguerra. Y proyectadas su persona, su figura y su obra allende el Atlántico, también aquel año 1948 había visitado América del Sur —Argentina, Chile, Perú— invitado por el Instituto de Cultura Hispánica.

Tal era, en relación casi notarial, el Pedro Laín Entralgo que yo conocí en el otoño de 1948, cuando en la inhóspita y fría aula 3 de San Carlos pude escuchar sus lecciones sobre la historia clínica hipocrática. Pero aquel *ser* implicaba evidentemente un previo *haber sido*. Su conocimiento comporta la necesidad de adentrarnos en los que antes denominé sus años de formación y peregrinaje.

Nació Pedro Laín Entralgo en Urrea de Gaén, provincia de Teruel, el año 1908. Se adentraba España en el período último de la Restauración —los nombres de Antonio Maura y José Canalejas abrían paso a los de Vázquez de Mella, conde de Romanones, Juan de la Cierva, Alejandro Lerroux y Francisco Cambó—, Ortega y Gasset iniciaba su vida intelectual con aquel su primer artículo, «Glosas» en *Vida Nueva*, Ramón y Cajal gozaba y padecía la popularidad de su premio Nobel de 1905 y el país entero vivía la esperanza de contar con instrumentos de gobierno capaces de dar existencia y solidez a un nuevo orden de cosas, tras la descomposición del sistema canovista de la monarquía parlamentaria.

Una infancia similar a la de miles de niños españoles de una clase media —su padre era médico rural— que debe vivir el mísero ambiente de la España campesina y olvidada. De esa España que pronto, tras el doble fracaso de un doble intento, el de nacionalizar la izquierda —asesinato de Canalejas en 1912— y el de democratizar la derecha —eliminación de Maura del juego político tras la crisis de 1913—, pierde aquella esperanza del primer decenio del siglo, e inicia la descomposición de los partidos dinásticos, acelerada por el impacto de la Guerra Mundial y complicada con una profunda conmoción en las estructuras económicas y sociales. Ha escrito Seco Serrano que «en 1917, la doble crisis —la política y la social, la debilitación de la “España oficial” y el empuje creciente, incluso violento, de la España real— se manifiesta en tres hechos». Son éstos el nacimiento de las Juntas de Defensa, la Asamblea de Parlamentarios y el auge de la subversión obrera y republicana. Todo ello anuncia la quiebra del sistema político de la Restauración y, en definitiva, la muerte virtual de la monarquía de Sagunto.

Desde 1913 hasta 1923 transcurre la formación secundaria de Laín que, por avatares y necesidades familiares, ha de peregrinar por los Institutos Nacionales de Soria, Teruel, Zaragoza y Pamplona. Seis años que siguen marcando inexorablemente los tristes destinos de la patria: la tensión entre la Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Patronal, el conflicto colonial en el Protectorado de Marruecos, el asesinato de Eduardo Dato en la madrileña plaza de la Independencia, el desastre de Annual. Y al producirse la inicial esperanza general de la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera, en 1923, Pedro Laín comienza en la Universidad de Zaragoza los estudios de Ciencias Químicas y un año después se traslada a Valencia, donde proseguirá su carrera universitaria como colegial en el famoso Beato Juan de Ribera, en Burjasot. Durante los seis años que permanece allí, concluye la licenciatura en Ciencias Químicas —1927— y cursa, adelantando estudios, la de Medicina, que acabará el año 1930.

Llegó a Valencia con la auroral esperanza de la Dictadura. Abandona la capital levantina, para trasladarse a Madrid, con la real amargura del nuevo fracaso, que aboca en el licenciamiento del dictador, incapaz de resolver con hondura y firmeza los graves problemas políticos y sociales del país. Un ambiente de hostilidad general logra aliar, en composición que parecía imposible, al pensador, al hombre de toga y al revolucionario. El gobierno Berenguer agrava la situación del Trono. Pedro Laín cursa, entre el grito fracasado de Jaca —diciembre de 1930— y las elecciones municipales —abril de 1931—, las asignaturas de Doctorado de ambas carreras, Ciencias Químicas y Medicina. Será testigo presencial de los acontecimientos populares del 14 de abril en la Puerta del Sol y en la plaza de Oriente. Una nueva esperanza, como la de la niñez, como la

de la adolescencia, parece nacer en el alma de muchos españoles, entre los que se encuentra este joven médico y químico que ha conocido, entretanto, a la que pocos años después será su mujer, Milagro Martínez, compañera del Doctorado en Ciencias Químicas e hija de un médico muy querido, don Jesús, en la ciudad del Betis.

Más vocado a la Medicina que a la Química, llega el momento de escoger la especialización más adecuada. La inclinación teórica de su pensamiento le hace ver la psiquiatría como tierra de promisión. Y pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios marcha a Viena en 1932, a la clínica del profesor Pötzl, más preocupado por la fundamentación teórica de la disciplina que por la preparación para su ejercicio práctico. Tras varios meses de estancia en la capital austríaca que, como a tantos otros pensionados, le ha abierto las puertas para el conocimiento de la ciencia y la cultura germana de la época y el dominio de su lengua, otra vez retorna a España, con un panorama profesional difícil. No existe, de momento, posibilidad universitaria que canalice su inquietud teórica y docente. En principio debe pensar en la subsistencia vital. De este modo, acepta un puesto de médico en la Mancomunidad Hidrográfica del Guadalquivir, en las tierras que malriega el río Viar en la provincia de Sevilla. Junto al primer contacto real con la enfermedad y el enfermo, otro contacto, quizá más decisivo, con el hombre real, un hombre que pertenece noble, generosa y estoicamente al grupo de los marginados sociales, y que trabajando duramente la áspera tierra andaluza, intenta sobrevivir en régimen libertario. La España real de 1933, con sus miserias, se le abre súbitamente. Pero Laín no abandona totalmente su vocación psiquiátrica y frecuente, entre tanto, como asistente voluntario, el Manicomio de Miraflores de la ciudad hispalense.

La esperanza suscitada por la República ha dado paso, de nuevo, al desencanto: alteraciones sociales de todo tipo, quiebra económica, odio —un odio entre hermanos que asolará poco después la convivencia española—, oscurecen la brillantez de una España intelectual y científica que inaugura un medio siglo de esplendor de nuestra cultura. ¿Serán posibles, aún, la paz, el bienestar, el acuerdo respetuoso entre discrepantes? A ello quiere coadyuvar Laín desde Valencia, a donde nuevamente se ha trasladado en 1934, tras ganar por oposición una plaza de médico de guardia en el Instituto Psiquiátrico Provincial Valenciano. Contrae matrimonio con Milagro, en 1935 nace su hija Milagro, estudia y ejerce la psiquiatría e inicia su aventura intelectual en las páginas de *Norma*, una ambiciosa y malograda «Revista de exaltación universitaria», por él fundada, junto a Francisco Marco Merenciano, en la Valencia inmediatamente anterior a la Guerra Civil.

Son días de inquietud general, de presagio de lo inevitable. No obstante, Laín prepara ilusionadamente una participación en los Cursos de Verano de Santander, por invitación de su amigo Juan José Barcia. Ello va a tener lugar en el mes de julio de 1936. Y hacia Cantabria se dirige el intelectual que, entre esperanzas y desilusiones, quiere aportar su grano de arena a la cultura española. En Santander le sorprende el comienzo de la Guerra Civil. Allá en Valencia ha quedado el hogar, el hospital, la mujer, la hija. El cainismo se ha hecho realidad una vez más; pero ahora la amplitud de su escenario obliga a la toma de decisiones fundamentales. ¿Qué hacer en esta circunstancia?

El recuerdo de la España en que nació, la vivencia de la España en la que transcurrie-